

EN RECUERDO DEL PROFESOR SCIACCA

POR

BERNARDO MONSEGÚ, C. P.

Texto de la homilía pronunciada por el padre Monsegú, C. P., en el funeral que «Fundación Speiro» dedicó en sufragio del alma del Profesor Miguel Federico Sciacca en el Santuario-Parroquia de Santa Gema de Madrid el 28 de febrero de 1975 a las 13,30.

Grande, muy grande es el sentimiento que a todos nos embarga por la muerte de nuestro hermano en la fe, compañero y amigo nuestro, de Speiro, Miguel Federico Sciacca, al que Dios acaba de llamar a su lado.

Aquí estamos al pie del altar, para derramar sobre él nuestro corazón, convirtiéndolo en sacrificio de oración y la oración en sufragio por el alma del sabio, del caballero cristiano y del amigo bueno, defensor intrépido de la ciudad de Dios, que nos dejó para siempre.

¡Qué pérdida tan irreparable para nosotros, amigos de la Ciudad Católica, que ya no podemos disfrutar de su frecuente y grata compañía, escuchar aquellas sus lecciones tan amenas y tan sabias a un tiempo, tan de maestro, tan de señor del pensamiento, de la palabra y el gesto, tan suyas, por decirlo de una vez!

¡Y qué pérdida también para toda la Iglesia, para todo el mundo católico! Una lumbrera de primera magnitud se nos apagó. Su luz irradiaba claridades por todos los ámbitos del pensamiento y todos los vericuetos de la vida, desde la más alta y sutil especulación metafísica hasta la más hacedera o complicada aplicación al vivir diario. Todo iluminado a partir de unos principios de la más alta sabiduría, en cuya contemplación él se deleitaba, no con el regusto del

intelectual puro, sino con la fruición del sabio auténtico, que se goza en hacer partícipes a los demás de lo mucho que él sabe, convirtiendo así su saber en saber de vida y de salvación para todos.

No quiere la Iglesia que el recuerdo de los difuntos en una celebración eucarística por su alma lo convirtamos en ocasión de panegírico o elogio fúnebre del mismo, sino de invitación a la oración, como sufragio por su alma, y de meditación para el bien de las nuestras.

Pero, ¿cómo dejar de decir que lloramos hoy la muerte del más insigne filósofo católico italiano, de un pensador cristiano que apenas tenía rival en el mundo, de una mente metafísica de primer orden, clarísima y lúcida, cuyo apagón repentino, a más de habernos cogido de sorpresa, nos ha dejado a todos sumidos un poco en la oscuridad?

¡Qué defensor tan intrépido de la verdad y de la Ciudad Católica! ¡Qué paladín tan esforzado de los más altos valores del espíritu! ¡Cómo debelaba herejías y falsas filosofías, desde el hegelianismo al marxismo, desde el kantismo al neomodernismo, de la Enciclopedia a la nueva cristiandad laica! ¡Y cómo le dolía en el alma la actual confusión ideológica, disciplinar y hasta litúrgica que hoy padece la Iglesia! ¡Y qué bien supo poner al descubierto en sus libros el vicio que corroe a los novísimos movimientos posconciliares, que suelen carecer de suelo firme al no hacer pie en la tradición, cuando el cristianismo, si es algo, es ante todo una tradición que hay que conservar y explotar, pero en modo alguno olvidar ni alterar, so pena de hacer traición a ese cristianismo que se dice querer renovar!

Sciacca fue el filósofo de la integralidad y de la verticalidad cristiana, pues el cristianismo es ante todo integración y superación, no parcelación ni degradación. Por eso estaba en contra del antropologismo y del horizontalismo que prevalecen en nuestros días, incluso dentro de los que presumen de filósofos y teólogos católicos, pero que tratan de poner al hombre, también en teología, allí donde únicamente puede y debe estar Dios. ¡Hasta en esa su ciencia quieren que el hombre tenga el primer plano!

De ahí, al decir de Urs von Balthasar, esta insipidez cristiana en que degenera la sabiduría de nuestros teólogos básicos. Quieren leer

con mucha atención los signos de los tiempos, pero se olvidan del señor de los tiempos; ponen entre paréntesis la sabiduría de la cruz y no la aceptan ni como criterio ni como ley de vida. No hacen teología, hacen antropología; no fomentan el espiritualismo y la vida cristiana, sino el naturalismo y la vida pagana. Son los adoradores de los tiempos nuevos, esos que caen de rodillas ante el mundo, que no saben ser a un tiempo cristianos y hombres modernos.

Favorecen, en consecuencia, un cristianismo anónimo, fácil y condescendiente, que se deje ganar en vez de ganar, que no pide la aceptación del Evangelio sino que trata de presentar un Evangelio aceptable, cuya medida no sea Cristo mismo sino ellos mismos con arreglo al criterio, no de la tradición y de la Iglesia, sino de los signos de los tiempos y de una historia inestable y cambiante.

¿Dónde está aquí la sabiduría de la cruz, que los judíos juzgaron escándalo y los gentiles locura, siendo así que con ella quedaron confundidos unos y otros y por ella ha querido Dios que todos seamos salvos?

Hoy —diremos con el autor citado—, sobre el edificio de la vieja sabiduría cristiana parece haberse colocado un cartelito que dice: «Cerrado provisionalmente por reformas». Esta reforma postconciliar que invoca el Concilio pero para la claudicación, la transformación, la apostasía y hasta la traición, lo mismo al Concilio que a la Iglesia misma.

Contra todo esto erigió cátedra y manejó pluma el gran don Miguel Federico Sciacca cuya pérdida lloramos inconsolables sus amigos de SPEIRO. Sus libros son numerosos, sus conferencias y lecciones no tienen cuento. De trabajos suyos se han contado ya más de 1.800 títulos. Y alrededor de unos 3.000 suman los que nos hablan de este gran sabio cristiano y católico.

Lloremos pues la muerte del sabio y del creyente, del amigo bueno y del compañero sin par. Con tanta mayor razón cuanto que nosotros, españoles, bien podemos decir nuestro, a Miguel Federico Sciacca, porque español era de espíritu y de afecto, de donde su gusto por encontrarse entre nosotros y su afición al estudio de cosas españolas. Ni nuestra filosofía, ni nuestra literatura, ni nuestra historia tenían secretos para él. Y se sentía, como buen católico, apostólico romano,

identificado plenamente con la España católica y tradicional de siempre.

Pero mientras le lloramos a él, no dejemos de aprovechar la lección que nos ofrece su muerte para ordenar nuestra vida, viviendo alerta y preparados, siempre armia al brazo o, por mejor decir, siempre lámpara encendida en nuestra mano, para que cuando el Señor nos llame nos encuentre preparados como a él le encontró. «Velar se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte», dice una leyenda blasonada. Y otra letra dice: «Ya que muere el hombre, que no muera el nombre».

No, no ha muerto nuestro hermano Sciacca. Porque muerto vive. Murió el hombre, pero jamás morirá su nombre. Este es inmortal ya para siempre.

Que su alma descanse en la paz de Dios también para siempre es lo que vamos a pedir en este Sacrificio que ofrecemos en sufragio de su alma, recordando y reviviendo aquella muerte que a todos nos mereció la vida.

Que lo que deseamos en estos momentos para Sciacca sea también realidad venturosa un día para todos nosotros, por Cristo Nuestro Señor. Amén.

**EL PROFESOR M. F. SCIACCA NOS HONRO
ENCARGANDO A SPEIRO LA EDICIÓN EN
CASTELLANO DE SU ÚLTIMO LIBRO:**

**PERSPECTIVA DE LA METAFISICA
DE SANTO TOMAS**

Verbo, a partir del próximo número, irá publicando

- En el n. 137-138 los caps. II y III.
- En el n. 139 el cap. V.
- En el n. 140 el cap. VI.
- En el n. 141-142 los caps. VII y VIII.

Esperamos que en febrero de 1976 aparezca el volumen completo.